

Arquitrave



**Iosiph Brodsky • Rubén Darío Flórez • Rigas Kappatos
Rodolfo Alonso • Elkin Restrepo • Paulina Vinderman
Fernando Herrera Gómez • Mario Echeverry Beltrán**

Iosiph Brodsky

Harold Alvarado Tenorio

La poesía de **Iosiph Brosky** se ocupa de asuntos metafísicos y religiosos si en desvincularlos de situaciones concretas en la vida y la historia individuales.

Son, en su mayoría, poemas irónicos que miran los actos y el significado de

ellos para desacralizar los gestos y pretensiones humanas. Es la vida individual, los problemas de cada uno lo que interesa a Brodsky, para con la poesía, crear nuevos comportamientos, nuevas éticas.

Para Brodsky el lenguaje constituye la materia vital de la eternidad y la poesía, la más alta expresión de los lenguajes, un regalo de esos cosmos expresivos que hacen que el hom-



bre traspase los tiempos a pesar de la muerte.

La poesía, lo sabemos, no hace al hombre mejor o peor, pero sí más libre, y la libertad es el único instrumento contra los poderosos y sus cantos de sirena.

El poeta es un instrumento del lenguaje, dijo Brodsky al recibir el Nobel, un artesano de la palabra, un maestro de la lengua. Pero además, es la más perdurable forma de la vida, porque está hecha de tiempo y de las modulaciones que este imprime a seres y cosas haciendo llevadero nuestro tránsito hacia la muerte.

Arte de la memoria, la poesía congela el paso del tiempo,

eterniza los instantes de una vida, la arquitectura o la historia y ofrece al futuro lector las varias interpretaciones que sobre gentes y vidas sabrá inaugurar quien lea de nuevo. De allí que sus asuntos sean hondas respuestas y preguntas sobre lo pasajero, la inseguridad de la vida, la incuria del tiempo, la vida creciendo hacia la muerte, los sueños y las roturas.

Aun cuando la árida y desencantada poesía de Wystan Hugo Auden fue una de sus más notorias influencias, su estilo fue una reacción contra los simbolismos y peripecias sintácticas, misticismos, teosofías y ocultismos que ahogaron la poesía rusa de posguerra. Brodsky rechazó con los Acmeístas -(Akhmatova, Tsvétaieva, Mandelstam, Kuzmine y Gorodesky)- el mundo como un sistema de signos, y se enfrentó a la realidad con plena conciencia para no caer en el juego surrealista de la escritura automática.

Brodsky fue un poeta de lo material y lo palpable. El cuerpo y el ánimo, la infinita complejidad de nuestro organismo, es el sujeto primero de sus poemas. Por ello su poesía se convierte en otra forma de la vida porque la lengua, como ha dicho Antonio Ortega, con sus cesuras y silencios, tensión subordinada y atrevidas anáforas conforma nuestra identidad y nuestra voz.

Otra de las virtudes de Brodsky fue su habilidad para trabajar, como hiciera Xavier Villaurrutia, con modelos, sometiendo la inspiración a los rigores de la técnica. Pero como poeta del siglo de las vanguardias, Brodsky también levantó su obra a partir de esos fragmentos de la realidad que acumulaba en su memoria. Muchos de sus poemas, líricos y rimados, ofrecen una textura construida de despojos, de desperdicios que el poeta ha ido recogiendo en el vasto e inútil mundo. Quizás por eso Auden llegó a calificarle de artesano. Brodsky trabaja con variados metros y rimas. Pero no es sólo artesanía, pues ha bebido con eficacia en las fuentes de la poesía contemporánea. En su obra es evidente el conocimiento de la poesía europea desde la Grecia clásica a Kavafis y Eliot y de autores estrictamente contemporáneos

como Auden o Miloz.

Brodsky nació en San Peterburgo, entonces Leningrado, en 1940, hijo de un marinero judío y de una secretaria. Pasó su niñez en su ciudad natal, pero a los quince años abandonó la escuela y tuvo más de una docena de variados empleos. Cuando tuvo dieciocho comenzó a escribir sus primeros poemas, que fueron elogiados por Anna Akhmatova. A los diecinueve conoció la cárcel, tres años más tarde fue de nuevo puesto en prisión y a los veinticuatro fue condenado, -por "parásito social",- a cinco de trabajos forzados en Arkhangelsk, al norte de Rusia, pero pagó sólo dos hasta Noviembre de 1965. En 1972 abandonó la Unión Soviética y viajó a Viena y Londres.

A pesar de ser una figura conocida en Leningrado y Moscú, -cuatro de sus poemas habían sido incluidos en antologías rusas a mediados de los años sesenta-, su poesía fue mejor difundida en Occidente, especialmente en los Estados Unidos, donde fue considerado uno de los grandes poetas del siglo veinte. Antes de recibir el premio Nobel en 1987 sus poemas ya habían sido traducidos a más de diez idiomas, y publicados en grandes editoriales como Penguin, Harpe & Row, Gallimard, Piper Verlag y Versal.

Quizás sus libros mas celebrados sean *End of the Beautiful Era* (Ann Arbor, 1976), *A part of Speech* (Ann Arbor, 1977), *New Stanzas to Augusta* (Ann Arbor, 1983), *To Urania* (Ann Arbor, 1987), y *Wiew with a Flood* (Dana Point, 1996).

Con Iosiph Brodsky en un tren a Leningrado

Rubén Darío Flórez

No podía viajar a Leningrado con mi pasaporte de extranjero. Yo tenía 19 años y era estudiante de literatura en Moscú. Sanct Petersburgo, o entonces Leningrado, era una ciudad cuyas imágenes surgidas de la novela y de la poesía me obsesionaban. Allí en 1837, Alexander Pushkin había muerto en un duelo que fascinó a sus contemporáneos; los detalles de las últimas horas de Pushkin fueron minuciosamente registrados. Hubo uno que yo siempre recordaba. Cuando Pushkin se dirigía en su carruaje al sitio del duelo, el coche en el que viajaba su esposa Natalia Goncharova, pasó tan cerca del carruaje del poeta que Pushkin volteó la cabeza para evitar su mirada. Natalia, que era miope, no reconoció a su esposo. Dos horas después Alexander Pushkin estaría desangrándose sobre la nieve.

La estación del tren, donde me encontraba, tenía inmensas columnas de mármol y la inquietante figura operática de un Lenín lívido de talco. En la noche la estatua semejaba una aparición. En el piso rodeados por maletas, los viajeros cuchicheaban o dormitaban esperando su tren. El pasaporte mío no servía para comprar el pasaje. Me había hecho acompañar de Serguei, un amigo soviético. Habíamos planeado que yo me haría pasar por él. En aquella época mi ruso casi no revelaba acento y bien podía pasar por un gitano, o mi manera de hablar delataría a un estudiante de Estonia. Con gran nerviosismo me acerqué a la ventanilla. –Un pasaje a Leningrado en el tren de las 11 de la noche.- Hablé en voz baja, pero de manera que la mujer que me miró, comprendiera mis palabras. Pasaron unos segundos que para mí equivalieron a saltar al vacío. La mujer observó con

indiferencia al pasaporte, tomó los rublos que le extendí, me miró a la cara y me preguntó nuevamente: -¿Cuántos billetes?- sospeché que ya sabía que el de la foto no era yo, y que estaba ganando tiempo, por un segundo pensé en salir, escapándome. Pero Leningrado y la poesía del siglo XIX me llamaban. Tomé aire y como Julio César atravesando el Rubicón, le dije -uno- y repetí -para las once de la noche-. La suerte estaba echada. La mujer no hizo ningún gesto, abrió la boca; todo esto no tomaría veinte segundos, y me entregó el pasaje. El corazón me palpitaba tanto que pensé que hasta la estatua de Lenin estaba enterada de mi nerviosismo.

Los trenes de aquella época eran azules. Traían impreso un enorme escudo con haces de trigo trenzados en círculo portando quince banderas. Mi tren llegaría a la ciudad a las doce del medio día siguiente. Estaba impaciente por entrar al vagón que compartiría con otros dos pasajeros. Fui el primero en llegar. El tren comenzó a moverse. No distinguí bien la cara de mi único compañero de viaje pues el segundo probablemente había perdido el tren y nunca llegaría. Me recosté en mi li-tera, para estar cómodo en el largo viaje. El hombre sacó un libro y se puso a leer. Una hora después pasó una mujer llevando te. Lo servían con una pequeña ceremonia: sobre portavasos de peltre liviano con imágenes grabadas de flores o troicas veloces, o naves espaciales; colocaban un vaso de vidrio muy delgado, rebosante de te.

Para no aburrirme le pregunté qué estaba leyendo. -A Brodsky- respondió. Nunca había escuchado ese nombre. El compañero sintió mi acento y me preguntó de dónde era. Ya más seguro le dije que venía de Colombia. Tampoco él sabía dónde quedaba. Se quedó en silencio y repitió -Kalumbia- Después sacó de su maleta de viaje un periódico cuyo contenido yo ignoraba. Lo desenvolvió: había un pollo asado, arenques pequeños, rebanadas de queso dorado, largas cebollas verdes y un pan cuya frescura de trigo recuerdo todavía. Después destapó una botella de vodka. El traía vasos y sirvió hasta que rebosaron. Me entregó uno y dijo -Por

Colombia-

No vas a encontrar en la poesía de Brodsky el desencanto de los románticos- me dijo.- El está lleno de un sarcasmo que evidencia su descreimiento. Cuando la burocracia soviética lo expulsó de Leningrado, tenía 32 años. ¿Acaso se fue porque quería? La pregunta no es fácil. Si se iba perdía a sus lectores. Si un poeta escribe sus versos en otra lengua, su talento apenas le alcanzará para fingir un lenguaje, lo que equivale a simular las emociones. Se fue porque le hicieron imposible seguir viviendo. Pero acaso como cualquier judío tocado por el genio, sobre todo si es ruso, sabe que la ciudad que amas termina volviéndose una cárcel para envejecer y apagarte, amargado y con hemorroides. Yo lo escuchaba sin decir palabra. El tren seguía cruzando la vasta noche en que nevaba. El desconocido me dijo,- pero tal vez, ya no le aguardaba a Brodsky la suerte de Mandelshtam, muerto en un campo de concentración por escribir un poema mediocre contra Stalin.

Apuró un vaso entero de vodka y dijo –Nadie sabe dónde quedaron los huesos de Mandelshtam-. Aquella noche hablamos sin parar sobre la desesperanza y la poesía. Terminamos el pollo, las cebollas verdes, los arenques de las islas Sajalin. El vodka nos trajo las palabras cómplices que surgen en los viajes largos en tren. Ya no me acuerdo del nombre de aquel lector de Iosiph Brodsky, pero nunca olvidaré una frase de aquella conversación: “la poesía talvez no salve a nadie pero sin ella estamos jodidos”.

El poema que traduje para los lectores de Arquitrave, es uno de los que estaban en el libro que, aquel lector desconocido de Brodsky me regaló hace ya casi veinte años.

Iosiph Brodsky

Gran elegía a John Donne

Se ha dormido John Donne y todo alrededor.
El piso, las paredes, los cuadros y la cama.
Duermen ahora las mesas, las alfombras,
los armarios, los candelabros, las cornisas.
Silencio en todo, en el vaso, en la botella,
en las sábanas, en el reloj, en los cristales;
a los peldaños y las puertas llegó la noche,
está en los resquicios, en las pupilas,
junto a la mesa, en los renglones, en las palabras,
en los maderos, en las tenazas, en el carbón
que humea en la chimenea, en cada cosa.
En la pijama, en los zapatos, en las sombras,
entre el espejo, oculta en las medias, bajo la cama,
otra vez en la taza del baño, entre las sábanas,
a la entrada en la escoba, entre los zapatos.
Está todo en silencio, la ventana, la nieve,
el barrio entero blanquísimo como mantel.
También las paredes, las ventanas, las arcadas.

No alumbra nada, la rueda no suena...
Dormidos los festones, los vallados, las cadenas
las puertas, los anillos, los castillos y sus llaves.
En ninguna parte ni ruido, ni golpe, ni sonido.
Rechina apenas la nieve, el alba está bien lejos.
Duermen las prisiones, los encierros y los cebos
del anzuelo, los mastines con sus lazos.
Profundos los gatos en la sala, apuntan sus orejas.
Los ratones y los hombres. Londres duerme.

En el puerto las naves, el agua y la nieve
confundida más allá con el cielo. Duermen.
John Done se ha dormido, el mar y la bahía.
Cubierta está la isla con su sueño.
Y todo jardín sellado con tres llaves.
Los arces, los pinos, los árboles del parque.
Los riachuelos, las laderas y cascadas.
Los lobos, los zorros, el oso se fundió en su hueco.
La nieve en montones va, cierra las moradas.
Duermen las aves. Silencio. Ya no hay canto.
No hay grito, oscuro está por todo lado.
No grazna la urraca. Ni la risa del búho por Britania entera.
Destella la estrella, el ratón va con su presa.
Los difuntos descansan en sus tumbas,
en sus camas los vivos en pijamas,
en sus camisones, profundos, solos, abrazados.
El río, la montaña, el bosque duermen,
las fieras, las aves, lo vivo y lo muerto de la esfera.
La nieve vuela ligera desde el azul del cosmos.
Pero arriba están dormidos, ha sido olvidado el mundo.
Para su vergüenza sueñan profundos
los ángeles y los justos.
También el paraíso duerme, no saldrá ninguno
de la casa. Dios también duerme.
Los ojos son ciegos, el oído está sin oído.
Duerme Satán. Duerme el mal,
hundido entre la nieve del campo inglés.
Los jinetes, el Arcángel del sonido. Todos duermen.
Los caballos en el sueño vacilan y se inclinan.
Los querubines todos, abrazados en muchedumbre
duermen bajo la gran cúpula del templo de San Pablo.

Duerme John Done, están los versos en silencio.
Todos los ritmos, las imágenes, las fuertes y las débiles
sin poderse hallar. El pecado, el vicio, la tristeza
enmudecidos, encerrados en sus sílabas
y cada verso a su par, su hermano
ojalá le pudiera susurrar: córrete un poco.
Pero tan lejos ellos de la gran puerta al Edén,
tan pobres, tan limpios como greda, todos en círculo.
Todos los renglones dormidos,
la cúpula severa de los yambos,
como centinelas a la izquierda y
a la derecha duermen los coros,
y están sin voz las visiones.
Pero más fuerte duerme la gloria.
Todas las desgracias dormidas y el pesar.
Los vicios duermen. Abrazado con el bien el mal.
Dormidos los profetas, el remolino blanquísimo de nieve
busca en el espacio los negros agujeros más pequeños.
En silencio el mundo. Muchedumbres de libros en silencio.
Ríos de palabras y sobre ellas el hielo del olvido. Duermen.
Los discursos con su verdad enmudecidos.
Y duermen las cadenas, apenas si hacen ruido.
En profundo sueño el diablo, Dios, los justos.
Sus criados cizañeros, sus hijos, sus amigos.
Tan solo por lo oscuro del camino va la nieve.
Ese es todo el sonido de la tierra.
Pero shhh... escuchas allá, en la tiniebla, en lo helado
alguien llora, alguien susurra de pavor,
alguien entregado al gran invierno.
Llora. Metido hay alguien en lo oscuro.
Tan débil es la voz, tan débil como aguja

y no hay hilo y solo en la nieve navega.
Hace frío y todo está tan oscuro.
La noche se teje con el amanecer... Tan alto.
¿Quién se lamenta allá? ¿Tú acaso ángel mío?
El regreso aguardas bajo la nieve,
¿como el verano el amor mío esperas?
Al hogar entre esta noche vas.
¿Eres tú quién en la noche grita? No hay respuesta.
¿Acaso ustedes, arriba, querubines? El triste coro
me recordó el sonido de aquellas lágrimas.
¿Acaso catedral mía dormida, has decidido
abandonarnos de súbito? ¿Usted acaso? Silencio.
¿Tú tal vez Pablo? Es cierto, la voz tuya
tosca está por el discurso grave.
¿No eres tú con la cabeza blanca, hundido entre la nieve
y lloras allá? Solo el silencio retorna.
¿No será aquella mano que en la oscuridad veló los ojos,
la que ahora por todas partes pasa?
¿Acaso tú Señor? Sea atrevida mi idea,
pero muy alto llora la voz.
Silencio. No hay sonido, ¿Eres tú Gabriel
quién resonó y quién tan fuerte ladra?
Sea. Pero estoy solo y abrí los ojos
Y ya los jinetes ensillan sus caballos.
El mundo en sueños profundo. En brazos de la noche.
Y los sabuesos corren en muchedumbre de lo alto.
¿Eres tú Gabriel quién desde el invierno
solo, en la oscuridad te lamentas?
No, yo soy, John Done, tu alma.
Aquí solitario padezco en la altura
de haber con trabajos dado al mundo

ideas, sentimientos pesados como cadenas.
Con tal carga habrías levantado vuelo
más allá de las pasiones del pecado, mas arriba.
Ave has sido y a tu pueblo viste
elevándote sobre él, por encima de los techos.
Ante tus ojos estuvieron los mares, los países,
en ti el infierno maduró antes que en la tierra.
El paraíso diáfano apareció ante tu mirada
rodeado por el entorno de la más triste pasión.
Viste la vida como a esa isla que es tuya
y el encuentro también llegó con el océano:
había sombras por los cuatro puntos de la esfera.
Volaste por encima de Dios pero corraste atrás.
Tu carga te hundirá, no podrás subir.
Desde aquí arriba el mundo es solo un centenar de torres,
cintas de ríos, desde donde al mirar hacia abajo
el terrible juicio ya no es terrible.
Y el clima está detenido en aquel país,
allá donde el sueño parece un delirio de enfermo.
Allá mi Señor es apenas una luz en la ventana,
como una neblina nocturna en el hogar distante.
Hay campos y no los rompe el arado,
los años y los siglos los dejan sin arar.
Sólo los bosques como un muro de asedio
y sólo la lluvia danza sobre la enorme hierba.
Será el primer aserrador sobre su jamelgo,
va a correr, estremeciendo con miedo la fronda
con la visión del fuego ingresará en un pino,
a lo lejos verá extendido a su valle.

Lejana está la tierra, forastera.

La mirada tranquila se va sobre los distantes techos.
Transparente es el mundo.
No escucho el ladrido de un perro
ni el repique de los bronces, estoy tan lejos,
El va a entender que lejos está de todo.
Un fuerte movimiento suyo hacia los bosques
el caballo va a empujar y en un segundo
la noche, los estribos, el trineo, él mismo
y su pobre caballo será solo el sueño de las Escrituras.

Es cierto, lloro, pues no hay para mí camino.
Es mi destino regresar a estas piedras.
Abajo no podré regresar en cuerpo carnal.
Tan solo como difunto me autorizan retornar.
Sí, solo. Olvidando tu imagen tierra mía,
En la húmeda tierra, olvidando por siglos
el estéril deseo de navegar en pos,
para hilar este adiós con la carne mía.
Pero mientras aquí padezco, tu refugio inquieto
entre la sombra vuela, no se deshace
la nieve y cose la despedida nuestra,
la aguja va, viene, no termina su vuelo.
No soy yo quien se lamenta, eres tú John Done.
Tendido, estás solo y la loza duerme en la cocina.
Mientras vuela sobre los techos la nieve,
mientras más alto la nieve sube a las tinieblas.
Duerme en su nido semejante a un ave.
Ha confiado para siempre a los astros
su camino limpio, su delirio de vida nueva.
Han opacado las nubes a su estrella.
Semejante a un ave su alma está inmaculada

y aunque el terrenal camino deba ser carnal,
 más natural es que un nido de cuervos
 sobre el enjambre gris de los gorriones.
Así como cualquier ave va a despertar de día.
 Ahora él está bajo las blancas sábanas,
entre tanto con nieve y con sueño esté cosido
el espacio entre el cuerpo dormido y el alma.
 Todo se ha dormido. Pero aguardan aún
 algunos versos que todavía susurran
 que el amor carnal es deber del cantor,
 que el amor de arriba carne es del abad.
No importa la rueda que las aguas muevan
 no es distinto el pan que el molino muele.
 ¿Y si con alguien es posible compartir la vida
 quién irá a compartir su muerte con nosotros?
Sobre esta tela el remiendo lo romperá cualquiera,
por el costado que sea. Se irá. Volverá de nuevo.
 ¡Más arriba! y apenas el cielo,
tanteando en las tinieblas, tomará la aguja del sastre.
 Duerme John. Duerme John Done. Sin tormentos.
En pedazos está el abrigo. Está roto, arrugado y melancólico.
 Tal vez de entre la nube surja
 La estrella que día y noche vigiló tu tierra.

Rigas Kappatos

En un burdel de Constantinopla

La boca que fumaba
tenía algo de la sentina de los barcos
y el sabor de agua salada, impura.

De todos los veranos que vivió
quedaba apenas el esfuerzo de una sonrisa
y solamente los inviernos le pesaban fríos.

Desde la ventana abierta se veía el puerto
y la luna arrullada por el agua.
Los remolcadores empujaban y jalaban
poniendo los barcos en su sitio o en su ruta,
silbando secamente las órdenes con sus sirenas.

-Pagas de todos modos.-

Espectral y lejana, con su tos subterránea,
mientras las sombras cubrían su desnudez,
más que un llamado al amor
parecía un cadáver

Helena

Diez años tomó a los helenos preparar la flota
después de la huída de Helena con Paris.

Otros diez lucharon en Troya para recuperarla.
Cuando Helena regresó a Esparta era mujer madura,
cuarentona, como dicen, justo cuando
la belleza empieza a decaer.

Y, eso sí, no era la primera vez que fue raptada.
Muchacha quinceañera conoció el rapto de Teseo.

Y Eros con sus tribulaciones diarias
es contrario a la belleza
cuando hay desperdicios y excesos.

En esa edad madura, otoñal,
antes de la puesta de su esplendor,
prefiero imaginarme a Helena,
pensativa en los cuartos de su palacio
frente al atardecer.

Recordando las pasiones que incendiaba su presencia olímpica,
de sus hermanos, los Dioscuros que
la rescataron de Teseo y del encuentro de su madre, Leda, con
el rey del Olimpo.

Acordándose además, de su hermana que se casó en Micenas
y de lo que pasó en la casa de los Atridas, y detalles de cuando
era niña en la casa de Tindáreo, su padre.

Así prefiero acordame yo de Helena:
como uno de los elaborados barcos minoicos, suave y agradable
como los viejos vinos de Chipre, un poco pesada en la cintura,
en las nalgas y la mirada suavizada por los recuerdos.

Eros

El hombre no envejece, marchita como las plantas
y los deseos lo traicionan cuando aparecen repentinos en medio
de la calle ante la presencia de una mujer hermosa.

Cuando uno mira los bellos cuerpos como pistilos abiertos en
la primavera, con sus palpitantes senos,
las espaldas desnudas y la desafiante mirada que dice:
miren, soy el Amor y me visto con él.

O cuando en el subterráneo miras las Afroditas que van a
trabajar vestidas de blue jeans,
y ves las simetrías perfectas tocándolas
furtivamente en el gentío;
y te reanimas un poco, como para volar,
como cuando tenías veinte años;
cuando las ves caminar moviéndose
perfumadas con olores que embriagan
como aromas del Olimpo.

Son estos estremecimientos,
estos relámpagos,
este aligeramiento en contra de la gravedad
que los antiguos llamaron
dardos del dios alado,
mordeduras divinas,
misterio de correspondencia con la mirada como arquero,
o le dieron el nombre del mismo tramposo hijo de la diosa,
el pequeño Amor con la aljaba y sus flechas.

El puerto del mediodía

El puerto alejándose:
una línea opaca
en el corazón de la noche.

Mediodía.
Unos con el sol en los ojos,
otros con la tierra en el corazón
los estibadores descansaban
bajo sombras polvorientas.

Debajo de las grúas
detenidas en el aire
dos palomas
picoteaban en el muelle
y una chiquilla
vestida de harapos
vendía flores tropicales
marchitas por el sol.

Dos palomas
una chiquilla
en el mediodía tropical.

Rodolfo Alonso

Auschwitz, aún

no se debe decir
se debe

no se puede decir
se debe

lo que no se puede decir
se debe

aun yo
aúllo

au au au
aus ausch ausz
aux aux aux

aún no
no
nononó
no que
noquenó
noqueó

austchwitz aún

aun(que) auschwitz

Aquel Allende

Como un endecasílabo curioso
avanzará la tarde a manos llenas
y se abrirán las grandes alamedas
en nuestro desolado corazón

Estallarán en luces los opuestos
y no se negarán contradicciones
habrá ricos de amor cuando lo quieran
y se abrirán las grandes alamedas

Al fin restañará su aura el obrero
soldándonos de a uno uno a uno
y no toda la luz será de sombra

Y se abrirán las grandes alamedas
hacia lo que nos queda por hacer
hacia lo que nos queda por vivir

Como Rimbaud en Harrad

¿Sin que la poesía me abandone
también yo he frecuentado reyezuelos
en ácidas comunas suburbanas
por óbolos pequeños, subsistencias,
en los alrededores del poder?

¿Salvando las distancias, lenguaraz
de caciques menores, jefes siervos,
sustentando retoños vigorosos
con migajas de estruendo, alegorías,
para que la poesía me abandone?

Dones para donar

Te doy lo que me dieron:
aquel sagrado olor
a la tierra mojada,
y esa voz que es el viento
entre las ramas altas.

Devuelvo lo que tuve:
los árboles hermanos,
las flores que modula
la niebla, el grillo, el pájaro
cantando en la garúa.

Ni herencia, ni legado.
Sólo pasión y tiempo.
La intensa vida, el aire,
la mañana radiante
y cielos en los ojos.

No nos llevamos nada.
¿Es que lo merecimos?
La llama del instante,
colores en el sol,
el crepúsculo juntos.

El fuego de la hoguera
donde vamos ardiendo.

¿Y veo lo que me ve?
En el momento justo,
el liso resplandor
del neto mediodía
sobre una mesa blanca

y frutas entonadas
como parientes próximos:
la luz, la gama, el iris,
limones con bananas
y la manzana verde.

En la lluvia cabemos,
instantáneos, de pronto,
íntimos y gregarios,
ceranos y distantes.
La lluvia es nuestro templo.

La canción evidente,
la palabra encarnada,
lo que llegó de afuera
porque sonaba dentro.
¿O es que no somos, lengua?

Y el fuego de la especie,
horizonte y pasado.

Elkin Restrepo

Despertar

Cada mañana, mientras el corrillo de esclavas
lo baña y unge,
el joven faraón narra a los sacerdotes sus sueños.

Son los consejeros los que insisten
en que, en su tejido y simbolismo,
(mejor que en la caparazón de una tortuga)
puede leerse el destino de la nación

–un destino grandioso por supuesto.

En la alberca la voz todavía aniñada del joven dios
se mezcla a las risas y monerías de las muchachas,
que no parecen caer en cuenta de
la importancia del momento.

Son jóvenes y traviesos (la vida les es leve),
y los ancianos deben guardar paciencia,
porque nadie puede contrariar a su Señor.

No es la primera vez que la labor se dificulta.

¿Cómo impedir que las carreras, los juegos de manos,
los pellizcos, no le hagan olvidar al faraón
sus responsabilidades?

Si se concentrara en lo suyo,
algo sacarían, pero el mozalbete está en su despertar sexual
y prefiere los cariños a las razones de estado.

¿Habrá que acudir, entonces, a las entrañas de animal
para adivinar qué destino aguarda a Egipto?

Los magos dicen que una bestia sacrificada
nunca dará tanta seguridad como los sueños de un dios.

Son cosas de la edad, ya pasará, se resignan.

Han de esperar, pues, a que el Faraón se canse de las
travesuras (censurables por olvidarse de su condición
divina), y revele al fin sus sueños,

sueños que todavía poco o nada muestran
de particular –cuchichean los ancianos–
al menos en aquello que ellos ya conocen.

Un sacerdote de Quetzalcóatl

Esta mañana, como tantas otras veces,
ha desfilado con la comitiva de su Señor
y, desde el palco, ha asistido a las ceremonias
y las danzas guerreras
y ha advertido que este año los penachos
son aún más suntuosos
y más festivos los cantos de las gentes.

Su corazón, sin embargo, estaba en otra parte.

¿Qué hubiera respondido a su Señor
si éste, entusiasmado con el espectáculo,
le hubiera pedido consejo acerca de a quién obsequiar
el cuchillo de jade y piedras preciosas,
emblema imperial,
entre el grupo de bailarines?

Una respuesta impensada hubiera despertado
las suspicacias de su Señor,
y él, uno de los Sacerdotes,
un miembro prestante de la comitiva,
tiene que cuidarse,

no puede olvidar que los asuntos terrenales
(que copan cada vez más su tiempo),
hacen parte también de su ministerio.

Por ellos, ¿cómo desconocerlo?,
ha perdido la visión interior del dios,
su entrevista luminosidad.

Desde que su Señor, como una gracia real,
lo designó para integrar la comitiva,
tuvo que renunciar al indispensable recogimiento,
sin el cual el corazón se empobrece, se vuelve un fruto seco.

Lo suyo, sobra decirlo, es la meditación, la plegaria,
y su Señor se equivoca cuando envía por él a la celda.

Si es un reconocimiento lo que quiere hacerle,
en lugar de los pabellones y certámenes públicos,
su Señor debería olvidarse
del siervo más humilde de Quetzalcóatl
y permitirle el correcto cumplimiento de su sacerdocio.

Inconformidad

Al amanecer el cielo es azul como el baldosín
y las columnas del palacio,
pero no tardará, bajo el sofoco de las horas,
en tornarse del color de la arena.

Desde su alcoba, el faraón observa
al curvo y cenagoso Nilo,
y lo compara con el abrazo posesivo de su esposa.

Su esposa, grácil y arisca como un ave,
para quien la noche no es suficiente,

ni suficientes las promesas y caricias,
ni la incandescencia amorosa de su consorte.

Hoy, olvidando que el faraón se debe también a otras tareas,
persiste en su deseo de tenerlo cerca
y no permitirle abandonar la alcoba.

En la intimidad, la pareja real se comporta
como una pareja común,

comunes y desbocados son los reclamos de ella,
tiernas y sonreídas las respuestas de él.

Se aman y, así descrean de ello, es el amor
(no los oficios de los futuros embalsamadores)
lo que los hará inmortales.

El carácter de su pequeña
(desposada para pactar la alianza
entre el país del norte y el país del sur),
es salvaje y juguetón,

y al faraón le gusta compararla con una pantera nubia,
que un día terminará despedazándolo de un manotazo

(así, entre beso y beso, se lo susurra al oído)

si antes no lo hace él –algo que nunca sucederá–,
con el arbitrio de su poder divino.

Para ver aquel cielo del amanecer, el faraón
ha abandonado el lecho y se ha asomado a la ventana.

Mientras tanto, mohína, inconforme, la amada muchacha
se recoge el pelo y comienza a fabricarse una trenza.

Pronto el color del cielo será el del pantanoso Nilo.
Un color reverberante y sin fin, de aldea perdida.

Y ardiente, como el abrazo de su esposa, será el día.

Mandamiento

Hoy, de nuevo,
el largo ceremonial lo espera.

Hoy, como cada día,
desde hace cincuenta años,
tendrá que acercarse al templo
y, frente al altar,
entre plegarias y sahumerios,
pedir el beneficio divino.

Cincuenta años son muchos años,
y ya se siente cansado.

Por él, se quedaría en casa,
entre sedas y almohadones
aprovechando la fría mañana.

(Tantos años le han permitido conocer
lo que el corazón del hombre guarda.

Ambición, violencia, locura,
no es otra cosa lo que allí anida;

allí,
donde sólo debía llamear la ensoñación divina).
Y –como un actor
que reniega de su arte–,
duda si valdrá la pena

vestir otra vez los hábitos
y cumplir el ostentoso rito
que, la verdad,
ni a dioses y hombres importa ya mucho.

Por él, se quedaría en casa.

Pero algo en su interior,
un mandamiento que no puede evitar,
le dicta que precisamente hoy,
por más pesado que se le haga el trajín,
no ha de faltar a sus obligaciones.

Y, otra vez,
no importa que el día esté ventoso y frío,
el sumo sacerdote deja a un lado sus dudas,
se acerca al templo
y cumple el largo ceremonial.

Paulina Vinderman

Hemos decidido permanecer hasta la boda

Hemos decidido permanecer hasta la boda.
Anoche enhebré el collar de cuentas verdes
como regalo para la novia, que está trenzando su pelo
por última vez.

Festejaremos la pasión organizada,
(domesticada)
con cierta nostalgia impresa en el porvenir.

Los manteles se agitan con el aire del río,
y los cabritos tienen los ojos dulces, casi bordados
en mi corazón de viaje:
el que parece un alfiletero de franela roja,
el despiadado, decidido, inmutable.
El otro está exhausto de tanto medir la compasión
en vasijas para el agua.

Sé predecir la herida,
pero nada puedo hacer salvo escapar.
Las partidas
(desfallecimiento y promesa)
me hacen remontar la pena y el amanecer
como palacios que se abandonan por el frío.

He llegado a un hotel tan ruinoso como mi alma

He llegado a un hotel tan ruinoso
como mi alma antes del viaje.
Suelen llamar café, al brebaje que preparan por la mañana
y no existen cerraduras en las puertas.
La felicidad debe parecerse bastante
a este estado de exposición a los detalles
y a una oscura revancha sobre «los elementos del desastre».

El tarareo del mar llega hasta mi hamaca
y el salitre hasta la máscara
de mi pobre memoria.
La soledad tiene patas de ángel en este lugar;
no escribirá nada, no puede escribir nada,
pero acribillará a preguntas mi pasión por lo astroso.

Desde acá, las ciudades
son arcaicas esculturas de asfalto y de vidrio
iluminadas por las matemáticas,
como lo son los durazneros por la estructura musical
del viento al anochecer.

Hoy vino la muerte

Hoy vino la muerte. Es bella y callada
pero los gatos se asustaron.
Se llevó a Concepción, la tejedora
de la casa amarilla junto al mercado.
Se la ve pequeña y oscura —como una lenteja—
dentro del bote,
el bote que empujarán a la corriente, al río del río.
Antes la cubrimos de muñecos de trapo,
coloridos, imperfectos y torpes, como la vida.
El sol brilla como el de los tapices
y los perros tienen los ojos cenicientos y solemnes
como los míos.
Ojos de ceremonia y de señuelo.

Hoy vino la muerte. Desandamos juntas
el sendero hasta el cruce.
Es turbia y neutral, como el río,
como mi tazón de aluminio, como mi corazón
que es todo río.

a J. T. in memoriam

Si el mundo me invita a un café esta mañana

Si el mundo me invita a un café esta mañana,
podré sobrevivir.

Después de todo, nadie más que el viento
me trajo hasta aquí. El viento y la locura
de hablarle en voz alta, sin pedirles permiso
a los dioses de arena.

«No amé a quienes amé lo suficiente».

(tan sólo con reconocerlo podría regresar.)

El exilio es una perla barroca
pero el destierro un túmulo orgulloso de sus frases
inconclusas.

Las hojas del banano le dan una desganada frescura
a mi rincón (a mi mirada).

Veo a la vida como algo desenfocado y hermoso.

Un bosque que susurra,
sólo hay que esforzarse por escuchar

Fernando Herrera Gómez

Monólogo de los cuatro elementos

El fuego

No me hablen del fuego.
Esa noche mientras dormía
sentí como si alguien agitara unas sábanas afuera
y cuando desperté
vi entre las cañas del rancho
el bailoteo amarillo de la candela.
Y luego la paja y las vigas ardiendo, crepitando, doblándose.

Era grande el chispero que subía por el cielo oscuro
cuando estuve afuera con mis hijos.

El agua

No me hablen del agua.
Llovía esa noche cuando me lo trajeron.
Creo que todavía estaba vivo.
Fueron muchas horas en canoa por el río.
Iba serio, con esa cara de seriedad que ponen los muertos.
Salía agua por su nariz,
y cuando calentó el sol,
comenzó a salirle agua por las heridas.
Y por la boca que alguna vez besé,
salía también agua.

El aire

No me hablen del aire.
Desde esa noche todo me huele a chamusquina.
Y al hedor de los muertos arrumados
en el suelo del hospital.
Aquella quietud.
Y después el tierrero.
Ese alboroto aplanando los árboles y la hierba,
ese vendaval del helicóptero
que hacía que las lágrimas
le humedecieran a uno las sienes.

La tierra

No me hablen de la tierra.
Sé que en estos días de abril
el arroz está niño
y están florecidos los caimitos.
Ya la tierra se tragó la sangre y las cenizas.
Pero yo no quiero volver.
Ni estar aquí.
Yo no quiero esta tierra.
Ni esta vida, tampoco.

Mario Echeverry Beltrán

El vuelo

Sentir tus piernas
atadas a mi espalda para hacerlas alas,
para hacer de tus gritos
un aleteo incesante
que le muestre a nuestros cuerpos
lo que es el vuelo,
lo que es ser ave,
lo que es lanzarse hacia el abismo
que sostiene el brillo y el fuego.

La sombra del alma

Oscurezcamos bajo la sábana,
en silencio,
con los pies unidos
y las manos en busca del corazón,
con un espejo
en nuestra frente,
con una lágrima
sonriendo
al caer de la mejilla.

No te marches,
tu mano, mi mano,
un silencio que se extiende,
tus pasos atados...
sonríe,
un abrazo,
adiós...
qué va,
mejor silencio...

La sombra del alma,
mi sombra contra la puerta.

Contemplaciones

3

En las noches
cuando el insomnio nace
observo la estatua
que sin cabeza cuida el parque
su desnudez
semeja el silencio de la casa

14

La mariposa bebe
de cabeza
el vuelo de una hoja
ese es el comienzo

15

Se viene el silencio
como viento entre los árboles
me contagio
y guardo mis palabras bajo las rocas
me lanzo del peñasco como ave suicida
y dibujo sobre una hoja su nombre
ese es mi grito

22

La noche
a pesar de los cadáveres
sigue siendo oscura

Rubaiyat

I

No conozco tu tierra y no puedo imaginar
un manzano y un peral cubriendo de flores una tumba,
no distingo la matemática de la astronomía
y mucho menos conozco algún sufista.
He arrancado pocos tulipanes y alelís,
no he contemplado las estrellas
ni he podido escucharles palabra,
lloro ante el mañana
mientras golpeo mi pecho por el ayer.

En lo que nos parecemos
es en que ofrezco libaciones diarias
y recorro con mis labios el rostro de las ánforas
mientras respiro el sexo de las desprevenidas,
aunque en realidad nunca escuché eso de ti,
excepto esa tarde en los jardines de Persia
cuando te bebías mi sueño con tu rubaiyat.

II

Dime que sueño,
que no es un tulipán
lo que has puesto en mi mano,
que no me cubren
perales y manzanos;
dime que sueño
o ven y tiéndete junto a mí.

Rigas Kappatos (Cefalonia, 1934) poeta, cuentista y traductor, estudió literatura y lenguas extranjeras, pero se hizo marino hasta cuando decidió radicarse en New York a finales de los años sesentas. Ha traducido al griego a numerosos poetas y escritores de nuestra lengua, como Federico García Lorca y César Vallejo, Pablo Neruda o Nicanor Parra. Su único libro de poemas traducido al español es un homenaje a uno de sus gatos titulado *Los poemas de Athinulis*, con la colaboración de Carlos Montemayor y con dibujos de Enrique Lihn. También ha publicado recientemente una *Antología de la poesía griega del siglo XX*. Los poemas que publicamos han sido traducidos por el propio autor. Vive actualmente en Bethesda.

Rodolfo Alonso (Buenos Aires, 1934) poeta, traductor, ensayista y editor, hizo parte del comité de redacción de la revista Poesía de Buenos Aires. Traductor de Fernando Pessoa, Manuel Bandeira, Giuseppe Ungaretti y muchos otros poetas de diversas lenguas, recibió, junto a Juan Gelman, el Premio Nacional de Poesía. Su libro más reciente es *A favor del viento*, una antología de su obra publicada en Buenos Aires este año, cuando ha recibido, además, el Premio Konex.

Elkin Restrepo (Medellín, 1942), abogado de la Universidad de Antioquia y profesor titular de la misma, fundó con José Manuel Arango las revistas Acuarimántima, Poesía y Deshora. Actualmente dirige un Taller de Lecturas en la Biblioteca Piloto de Medellín y la revista de la Universidad de Antioquia.

Paulina Vinderman (Buenos Aires, 1944) ha recibido numerosos premios literarios como El Letras de Oro y Nacional del Fondo de las Artes. Algunos de sus últimos libros son *Bulgaria* (1998) y *El muelle* (2002). Tradujo, con Nina Anghelidis, *Votos por Odiseo* de Iulita Iliopulo.

Fernando Herrera Gómez (Medellín, 1958), ha recibido el Premio Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia (1985), el Eduardo Cote Lamus (2002) y la Beca de Creación de Colcultura en 1993. Entre sus libros figuran *En la posada del mundo* (1985), *La casa sosegada* (1999) y *Sanginas* (2002).

Rubén Darío Flórez (Pijao, 1960), Maestro en Filología en Lengua y Literatura Rusa de la Universidad de Moscú, ha traducido a numerosos poetas rusos publicados en libros como *Cien años de poesía rusa* (2002) y *El habitante del otoño, poemas de Alexander Pushkin* (1999). Profesor Asociado de Teoría de la Comunicación de la Universidad Nacional de Colombia, su libro de poemas *Semáforo para fantasmas*, está en imprenta.

Mario Echeverri Beltrán (Bucaramanga, 1982) ha publicado *En busca de Agnes o la inmortalidad* (2002) y hace parte del Taller Literario de su ciudad.

La foto de la portada es de **Iosiph Brodsky** en el balcón del apartamento que ocupaba antes de dejar San Peterburgo, sobre la calle Pestel, en dirección hacia la iglesia Panteleimonovskaya, en 1963.

LOS LIBROS DE ARQUITRAVE EDITORES

ENTRE NUESTROS AUTORES FIGURAN

ELKIN RESTREPO
AFFONSO ROMANO DE SANT'ANNA
CARLOS JIMÉNEZ
CHARLES BUKOWSKI
CRISTINA PERI ROSSI
DU FU
FERREIRA GULLAR
KONSTANDINOS KAVAFIS
MANUEL BANDEIRA
MONTALE, UNGARETTI Y QUASIMODO
PAULINA VINDERMAN
RAÚL RIVERO
T.S. ELIOT
LAWRENCE FERLINGHETTI
BOB DYLAN
HAROLD ALVARADO TENORIO
CHARLES BAUDELAIRE
ALBERTO DA COSTA E SILVA